

378.4000 96/LA2

UNIVERSIDAD DE CORDOBA

D. 82641

K. 82647

LIBRE ACCESO 2

ACTO DE INVESTIDURA DE DR. HONORIS CAUSA,
POR LA UNIVERSIDAD DE CORDOBA DEL EXCMO.
SR. DR. D. ANTONIO DOMINGUEZ ORTIZ

CORDOBA 1.960



R. 7448

UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

LIBRO DE ACTAS

ACTO DE INVESTIGACIÓN DE LOS RIESGOS CAUSADOS POR LA CONTAMINACIÓN DE LOS RECURSOS HÍDRICOS EN EL TERRITORIO DE LA SIERRA DE SAN PEDRO DE LOS RIOS, MUNICIPIO DE SAN PEDRO DE LOS RIOS, DEPARTAMENTO DE CUNDINAMARCA

**EDITA: Servicio de Publicaciones de la
Universidad de Córdoba.**

Depósito legal: CO, 275-1.980

CÓRDOBA 1980



DISCURSO DEL ILMO. SR. DR. D. JOSE MANUEL CUENCA TORIBIO
EN EL ACTO DE INVESTIDURA, POR LA UNIVERSIDAD DE COR-
DOBA DE DR. HONORIS CAUSA DEL EXCMO. SR. DR.

D. ANTONIO DOMINGUEZ ORTIZ

En el breve recorrido de la Universidad de Córdoba el día de hoy representa una efemérides importante, cuya trascendencia real sólo podrá valorarse cuando se disponga de una amplia perspectiva cronológica. Aún así, todos los que integramos su joven y voluntariosa corporación somos bien conscientes del espaldarazo de madurez que significa la incorporación al claustro de doctores de la eximia personalidad científica de D. Antonio Domínguez Ortíz. Todos -y muy especialmente los más jóvenes de entre nosotros- le tendremos a partir de ahora como meta de quehaceres intelectuales, bandera de ejemplaridad y guía incondicional y asequible de actividades y empresas científicas, que nos den auténtica legitimidad para codearnos sin complejos inhibidores con los trabajos y los días de las Universidades de más rancio abolengo de nuestra patria.

Otro motivo de singular significado confluye en la ceremonia de hoy para realizarla y llenarla de un contenido superador de la nunca desechable ganga convencional que acecha a tantos actos de nuestra maltrecha andadura académica. Ni la colectividad española ni menos aún sus cuadros universitarios son propensos a rendir en vida el homenaje de gratitud que una existencia gastada en el cultivo señero de la actividad investigadora exige de la sociedad beneficiada con su esfuerzo. Más que en ningún otro país, falta en el solar hispano el estímulo para que las grandes aventuras intelectuales lleguen a buen puerto. La envidia e insularidad es el pecado colectivo por excelencia, como el juego de la cucaña es -hodierno ya sólo tertulianamente- el más practicado por nuestros

connacionales. Si a ello se añade el que la labor del más eminente de los modernistas españoles haya transcurrido en etapas convulsas de nuestro clima intelectual en las que el sectarismo y la inopia sofocaron al único no el brote de todo germen esperanzador y realmente fructífero, estaremos en condiciones de comprender el privilegio que implica el asistir a un acontecimiento inusitado y casi excepcional en los anales de nuestra Alma Mater y del devenir todo de la sociedad hispana. Por iniciativa de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Junta de Gobierno de la Universidad cordobesa hacemos algo tan insólito como el arrancar la justicia de la mano de los dioses y traerla aquí, a la tierra, para que se enseñoree por espacio de unos minutos de una cuadrícula de nuestra biografía personal y corporativa.

Sé bien que este lenguaje, que amenaza peligrosamente franquear el límite de la medida, desazona a nuestro doctorando, cuyo talante humano encuentra en la modestia uno de sus signos distintivos y se halla troquelado en el prudente distanciamiento de las vanidades y de los *idola mundi*, que tanto fustigaron los autores de nuestra literatura clásica -y, muy especialmente, los andaluces- acompañantes asíduos de sus lecturas y reflexiones. Como sentenciara Scheler, de todos los seres animados el hombre es el único a quien le ha sido concedida la capacidad de decir no; lo que, en glosa de Laín, equivale a afirmar "que es el único animal para quien la renuncia ascética puede tener un sentido positivo". O como dijera más estremecedora y un si no es egoístamente el máximo escritor del Siglo de Oro, tan familiar a D. Antonio: "Vive para tí sólo, si pudieres-pues sólo para tí, si mueres, mueres".

En efecto: no responde D. Antonio al cliché tradicional del andaluz estereotipado en superficiales formas ensayísticas o en adocenados cuadros de costumbres. Se adecúa más bien su figura a la aguda cata que hizo D. Miguel de Unamuno en el carácter de los sevillanos. De su finura espiritual dan testimonio, de un lado, los incontables discípulos que posee entre las filas de los estudiosos del dramático pasado español, y, de otro, la acuidad de sus interpretaciones acerca de este mismo pretérito. Su frialdad se alimenta a un tiempo de su sentido del oficio de historiador, al que tan indispensable es la serenidad y el esfuerzo de comprensión, y de su conocimiento de los hombres, prestos a menudo a "dispararse" a la consecución del ideal pero también, por igual, propensos a las caídas más abismales. El período histórico que más se ha beneficiado del esfuerzo investigador de nuestro doctorando -la España Imperial- le ha entrañado sin duda en dichas convicciones. Aquellos españoles que aspiraron a tanto, según el decir admirativo de Nietzsche, come-

tieron desmanes sin cuento en la prosecución de unos fines que suponían innegablemente un crecimiento de la razón histórica y del propio espíritu humano. Para D. Antonio toda empresa histórica, todo destino colectivo e individual -incluso el más puro y límpido- se encuentra siempre sombreado por la pesadumbre del *pondus naturae*. De ahí que hayamos tenido que esperar hasta fechas cercanas, cuando ha sido posible aplicar el escalpelo de la crítica y la objetividad a episodios y figuras nimbadas con los resplandores del triunfalismo y la grandilocuencia, para valorar en su exacta dimensión la abrumadora tarea bibliográfica llevada a cabo por Domínguez Ortíz. Ninguna iconoclastia, ningún fácil oportunismo, ninguna concesión a la galería ignara que suelen componer sucesivamente el friso de las clases dirigentes españolas empañan, sin embargo, el enorme esfuerzo de reconstrucción del pasado hispano, acometido y coronado por el profesor y miembro de la Real Academia de la Historia a quien hoy investimos con el máximo galardón del Alma Mater. De nadie mejor que de él puede decirse que ha aplicado a la historia el método stendhaliano de recoger en el azogue de su espejo las cumbres y las simas transitadas por nuestro pueblo en sus avatares históricos. Espejo, repetimos, no descarnado, pero obediente en todo momento a siluetear las figuras delineadas en archivos y libros, "que al sueño de la vida hallan despiertos"...

Merced a esta inflexible autoexigencia, la España de los Austrias y de los primeros Borbones tiene en la pluma de Domínguez Ortíz el inventario a que le hacía acreedora su propia entidad y el conocimiento veraz y atópico de las generaciones actuales. Ningún rincón de sus intrincadas y ecuménicas peripecias ha dejado el titánico esfuerzo investigador de nuestro doctorando de alumbra y aclarar. Ninguna tragedia -marginados, amordazados, expoliados- ha quedado oculta a su sensibilidad, a su hombría de bien y a su responsabilidad de historiador. Ninguna hazaña, ninguna gloria auténtica ha pasado inadvertida a su meticoloso recuento.

Durante los años en que la tentación de todos los intelectuales españoles -y los deseos de no pocos- provenían de las sirenas del poder, un oscuro catedrático de enseñanza media iba reconstruyendo en los archivos más variados y en las bibliotecas más insólitas de nuestro país la verdadera historia de nuestros antepasados curante los tres siglos de la modernidad. La historia de las clases marginadas -conversos, esclavos, delincuentes- y de las poderosas -nobleza, alto clero, banqueros y generales-; sus conflictos e interacciones; sus afanes y creencias. La historia de su economía -llegada y salida de los tesoros indianos-; de sus criterios



y enfoques -mercantilismo, fisiocracia, albores del liberalismo-; de sus fuentes y resultados -sistema impositivo, inflaciones, devaluaciones. La historia de su mentalidad: folklore, visión de ultratumba, barroquismo y clasicismo... Una historia, en fin, próxima al hombre, revividora de todo su complejo, apasionante y, en cualquier tiempo y lugar, misterioso cosmos. Historia sin ninguna limitación ideológica ni temática; que cuando iba alcanzando ya su madurez comenzó a asombrar a algunos reputados hispanistas, que detectaron antes que en su patria la emergencia de una personalidad cimera en el ámbito de la historiografía. Aún tardarían en acumularse las distinciones -doctorados *honoris causa*, ingreso en Academias, conferencias y cursillos en los más prestigiosos centros nacionales y extranjeros-, pero su "salto a la fama" era ya previsible. Los que le habíamos visto sumergido en la canícula madrileña, en los infolios de la Sección de Raros y Manuscritos de la Biblioteca Nacional y servido en las vacaciones navideñas las últimas novedades bibliográficas en la entonces silente biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras sevillana sentíamos, pese a nuestro maximalismo juvenil, reconciliarnos con una sociedad considerada átona e incluso hostil a los valores del espíritu.

Una adecuación mínima al acto que protagonizamos y una superedificación a su verdadera jerarquía requiere que constriñemos hasta el extremo los límites de este parlamento introductor. Si tuvieramos que abocetar tan sólo el perfil valorativo de la inmensa y granada publicística del profesor Domínguez Ortiz es claro que el empeño desbordaría con creces el tiempo de que ahora disponemos. Empero, resulta forzoso por numerosas razones echar el ancla de esta rápida navegación en el significado que la obra de D. Antonio Domínguez Ortiz tiene para los problemas en que hoy nos debatimos los andaluces. Entre los muchos títulos que esmaltan la figura del académico de la Historia se encuentra el de ser la autoridad más reputada en el conocimiento de nuestro pasado, incluso en el del alejado de sus objetivos más preferentes. La llamada con frase tan elástica como vagorosa e imprecisa, identidad cultural del pueblo andaluz encuentra en varias de las páginas salidas de su fértil y ponderada pluma la formulación más sólida y convincente de las hasta ahora expuestas con un mínimo de acribia. Aunque toda exégesis apresurada implica necesariamente una deformación cabría sintetizar su pensamiento, afirmando con fórmula tan expresiva como mutiladora

que Andalucía es la tesela del mosaico patrio con más historias a sus espaldas, pero carente de una estructura histórica como nacionalidad. Palabra ésta última -ya se sabe- convertida en la actualidad en un bien mostrenco, idóneo para toda clase de cubilleos y prestidigitaciones mentales, no siempre inofensivos, pero a lo que nos importa a todos mucho emplearla con parsimonia y rigor. El porvenir de la tierra culturalmente más densa y creadora de todo el conjunto peninsular no puede estar sujeta a unos marbetes políticos: Por ambiguo y vaporoso que sea el término de "nacionalidad", solamente con violencia puede amoldarse en él el rico -deslumbrador a veces- pasado del pueblo andaluz. En ninguna de sus etapas, su trayectoria histórica puede considerarse desde caracteres nacionalistas, según la definición de los estasiólogos más prestigiosos dan al controvertido término. Si se concede a los mencionados politólogos y a los historiadores profesionales alguna autoridad en la materia, habrá de concluirse, en puridad, que Andalucía no fue nunca una "nación". Lo cual, apresurémoslo a decirlo, no implica ningún baldón o demérito. Sencillamente un rumbo histórico cuya dirección en el ayer no nos es posible cambiar, aunque podamos trazarle en adelante nuevos derroteros.

El 28 de febrero bien puede ser la piedra miliar de esta nueva senda. En el quedó de manifiesto de forma indisputable la existencia en Andalucía de un regionalismo reivindicativo, distinta conformación histórica, pero coincidente en metas con el histórico, esto es, con el de comarca con tradición de voluntad autonómica. Silenciar, ocultar o desfigurar tal hecho equivaldría al holocausto de un pueblo digno y abandonado siempre en la identificación con los latidos de la gran patria española.

De forma insuperable ha expresado recientemente la unión del sentimiento telúrico y el universalista un historiador francés admirador de la obra de Domínguez Ortiz y correspondido por éste: "Es ante todo en Francia donde he vuelto a encontrar a los otros (he vivido varios años en el extranjero), y es amando a Francia como he aprendido a amar a las otras naciones. La Internacional, la verdadera, la que convertirá en una federación, un día, al género humano, no se construirá más que en el caso de que los vínculos que transforman a los otros en próximos sean sólidos: la internacional fraterna de todos los otros convertidos en prójimos se construye a partir de la comunidad conyugal, de fratrias numerosas, de pequeñas ciudades amadas, de grandes patrias apasionadamente amadas./ Francia, tan lejos como me remonto en la memoria, entre Metz y Verdún, en la ruta de los campos de batallas de mi

infancia, ha sido siempre, en mis sueños infantiles, una federación del género humano./ Es preciso una patria para amar a los hombres, es preciso una patria para amar la patria de otros hombres. Incluso si el proceso es largo, nada obliga a forzar las etapas. Todo lo que podremos edificar pasa por el respeto de las estructuras naturales de la sociabilidad" (CHAUNU, P., *La memoria de la eternidad* Madrid, 1979, 160).

Otro autor francés, el P. Dumézil en su discurso de recepción como miembro de la Real Academia ha expresado lo siguiente: "Y sin embargo, es preciso que nuestro jóvenes vivan en *nación* es decir que recuerden nuestros recuerdos. Piadosamente conservado y meditado en sus grandezas y debilidades, el pasado ha preservado a más de un pueblo de la disolución, incluso cuando éste estaba humillado y desposeído de su lengua. La palabra latina que más se acerca a lo que los griegos denominaban *historia es memoria*" (BRUCKBERGER, J., *Lettre à Jean Paul II, pape de l'an 2000*. Paris, 1980,81). En un acto dedicado a exaltar a un gran humanista es oportuna la referencia a la antigüedad. A pesar de las amputaciones vandálicas cometidas por nuestro ministerio en las enseñanzas clásicas probablemente recordaréis todos como cuando en las postrimerías de un asedio los generales romanos intentaban conciliarse el favor de los dioses de la ciudad en los cuales una comunidad casi vencida depositaban su suprema esperanza "Eique populo, civitati, metum, formidinem, oblivionem initiatis". Esto es, envidiad, introducid en este pueblo el miedo, el terror y el olvido. . . Sobre todo, el olvido . . .

Es tentador, pero quizá también inoportuno, en un acto de la naturaleza como el que ahora tenemos la fortuna de celebrar, de profundizar en nuestra incursión por el terreno acabado de bosquejar. El hacerlo equivaldría a invertir los términos y el camino que debe recorrerse en una investidura de doctor *honoris causa*. D. Antonio lo va a ser dentro de un momento por esta naciente Universidad de Córdoba, no sólo por sus incontables méritos intelectuales sino también -dejadme que lo diga- por su amor apasionado y lúcido a esta tierra nuestra, a cuyo progreso -pues no lo hay mayor que el de descubrir y servir a la verdad- ha contribuido -en medida difícilmente imaginable- a través de una vida laboriosa, oscura y callada, consumida en archivos, bibliotecas, aulas y caminos . . . Ojalá que la Universidad española que fue para él madrastra, sea por medio de nuestros colegas y alumnos cordobeses, mansión acogedora y espuela estimulante para su última navegación intelectual, que deseamos de todo corazón de dilatada singladura y luminosa estela. Si en días de proyectos e ilusiones le negó la rosa, entréguele al menos ahora el laurel.